

El estado de los tripulantes era tan lastimoso, que deseando Colon encontrarse en la longitud de las islas Caribes, viró al Norte para detenerse en alguna de ellas, reparar los buques y encaminarse en seguida á la Española.

Llegó el día 31 de Julio.

No se veía tierra ni síntomas de hallarla pronto.

Al amanecer no quedaba más que un barril de agua en cada buque.

La ansiedad de los marineros era horrible.

La situación de Colon sólo nuestros lectores, que la conocen ya, pueden comprenderla.

El agua estaba más defendida que el oro en las ciudades modernas.

A cosa de las doce de la mañana un marinero, llamado Alonso Perez, que se hallaba en las gavias, descubrió en el horizonte las cumbres de tres montañas.

—¡Tierra!... ¡Tierra! gritó.

Al oírle, los tripulantes se animaron.

Las embarcaciones avanzaron, y Colon observó que las tres montañas se unían en su base.

Aquellas tres montañas, unidas en una, impresionaron á Colon.

Instantáneamente pensó en la Trinidad, y bautizó á aquella isla con el nombre que conserva en el día.

CAPITULO LII.

Impresiones de viaje.

Los achaques que padecía Colon y el deseo de llegar pronto á tierra, le hicieron dirigir la proa á la isla, y llegó á su extremo occidental, al que dió el nombre de puerto de la Galera, por tener una roca que desde léjos parecia un modelo de esta clase de embarcaciones.

Buscó desde luego un sitio seguro donde echar el ancla, y necesitó andar algunas leguas sin hallarle.

Al siguiente día, 1^o de Agosto, continuó navegando por la costa en busca de agua.

El paisaje que se presentó á sus ojos le sorprendió y le deslumbró.

Creía, por hallarse cerca del Ecuador, que los rayos vivificantes del sol tendrian abandonadas aquellas campiñas.

Y sin embargo, se presentaron á su vista arboledas espléndidas, palmeras elevadas y lozanas, ricas selvas, cuyos últimos árboles parecían bañar sus ramas en el mar.

Aunque las costas eran bajas, en el interior se elevaba el terreno y se descubrian de trecho en trecho pintorescas aldeas, y sembrados que revelaban el trabajo del hombre.

Sin embargo, las playas estaban desiertas y no se veía un alma viviente en torno de las habitaciones campestres.

Era tan suave la temperatura de que allí se gozaba, tan risueños los horizontes que se descubrian, que parecia á los tri-

mulantes, segun cuenta un historiador de la época, hallarse en medio de la deliciosa vega de Valencia durante la estación de la primavera.

Creendo haber hallado un paraje ménos peligroso que los demas para la seguridad de los navíos, envió los botes á tierra á fin de que los marineros se abasteciesen de agua, y éstos volvieron sumamente contentos despues de haber hallado un cristalino y abundante arroyo.

No tardó Colon en comprender que el paraje que habia elegido ofrecia poca seguridad para los buques, y quiso á toda costa hallar algunos naturales del país para tomar informes.

Las tentativas fueron inútiles.

Los naturales del país huían amedrentados al ver acercarse los buques.

Fué necesario partir, y no habia andado mucho trecho cuando descubrió Colon hácia el Sur una porcion de tierra que se extendia á una distancia de más de veinte leguas.

Suponiendo que era una isla, la dió el nombre de isla Santa.

A pesar de sus grandes conocimientos geográficos, el atraso en que estaba por entónces la ciencia le impidió comprender que aquella era la tierra firme que tanto habia ambicionado.

Pero los desengaños que habian sufrido sus anteriores creencias le obligaron á no ver más que sombras donde estaba la luz. (T)

Continuó el almirante la investigacion al Sudeste de la Trinidad, y dió á su cabo el nombre de Punta del Arenal.

A un extremo próximo, formado por una elevada roca que habia en el centro, dió el nombre de *Paso del gigante*, y cerca de él dispuso que se colocaran los buques.

Por la primera vez descubrió en aquellos mares una gran canoa, en la que navegaban veinticinco indios de diferente aspecto de los de las islas que hasta entónces habia descubierto.

Uno de los tripulantes de esta canoa, al llegar á cierta distancia del bajel de Colon, le saludó en un dialecto que no pudo comprender ninguno de los que iban á bordo, ni aun el mismo Diego, que nunca abandonaba á su amo.

Era necesario recurrir á ese idioma universal, á la mímica, que facilita á los viajeros que se encuentran en las comarcas desconocidas los medios de ponerse en comunicacion con las razas que hablan idiomas completamente desconocidos para ellos.

Se trataba de catequizar á los moradores de aquella isla, y Colon pensó desde luego que la oferta de regalos les haria comprender que no eran enemigos los que iban á visitarlos, los tranquilizarian y les impulsarian á acercarse al bajel; en cuyo caso nada mas fácil que entenderse con ellos por medio de signos.

Mandó que algunos marineros se acercasen á las galerías de las embarcaciones, enseñando á los indios vasijas de metal, espejuelos y cascabeles.

Los que ofrecian á su vista estos objetos se deshacian en gestos brindándoselos.

Pero los indios, á quienes no habia llevado más que la curiosidad, realizaban su deseo, y aunque á corta distancia del buque dieron la vuelta alrededor de él para observarle con silenciosa admiracion.

Al fin se detuvieron y permanecieron largo rato contemplando aquella maravilla desconocida para ellos.

Pero recelosos, no abandonaban los remos ó canaletes, y estaban prontos á ponerse en precipitada fuga en cuanto descubrieran la menor señal de hostilidad.

Aquellos indios eran jóvenes, de bellas formas y de un color mucho más claro que los que hasta entónces habian visto los españoles.

Negra y poblada cabellera coronaba su cabeza, sobre la que tenían una especie de banda ó redecilla de algodón.

Sobre los hombros, á manera de capa, llevaban telas de colores variados.

Todos ellos parecían guerreros, é iban armados con flechas y arcos.

Las flechas estaban adornadas con plumas, y formaban sus puntas afilados huesos.

Tambien, por lá primera vez, vieron los españoles en poder de los indios una pieza muy parecida á la que usaban para completar su armadura: los escudos ó broqueles.

Deseando á toda costa enterarse por ellos del nombre del país en que habitaban y de las circunstancias especiales que le constituian, mandó Colon echar al agua un bote para que se acercaran algunos soldados.

Apénas notaron la maniobra se alejaron rápidamente, y para que no se fueran hubo necesidad de mandar suspender aquella operacion, con lo cual, tranquilizándose los indios, fueron acercándose al bajel, y continuaron en su silenciosa contemplacion.

¡A qué pequeñeces tienen que recurrir los grandes hombres para realizar su deseo!

El héroe inmortal, el génio que más tarde habia de recibir un verdadero culto de las generaciones futuras, llevó á cabo una idea pueril para ver si lograba seducir á los indios.

Sabia por experiencia cuán dados eran todos los habitantes de aquellos países á la danza y á la música.

Estos dos espectáculos ó diversiones constituian los principales rasgos de su religion, y pensó el almirante que ofreciéndoles una muestra más esplendorosa de aquel espectáculo, lograria que se acercasen más al buque, y hasta que subiesen á bordo.

Dispuso que los músicos que llevaba consigo subiesen sobre cubierta y ejecutasen algunas piezas de música, miéntras que un marinero andaluz cantaba y algunos otros danzaban en torno suyo.

Apénas llegaron á oídos de los indios los acordes de la música, el acento del canto, vieron los movimientos y contorsiones que hacian los bailarines, tomando aquellos cantos y aquella danza por hostilidades, levantaron los escudos, empuñaron los arcos, y no tardó en caer, á poca distancia de la carabela, una lluvia de flechas.

El sainete estuvo á punto de convertirse en tragedia.

No convenia aparecer tímidos á los ojos de los indios, y dispuso Colon que dos ballesteros contestasen á las flechas con sus ballestas, y no tardaron en obligar á huir á los indios, los cuales, al llegar á la playa, corrieron á refugiarse en los bosques, dando fin de este modo á aquella escena completamente dramática.